

CUADERNOS DE HISTORIA 61

DEPARTAMENTO DE CIENCIAS HISTÓRICAS
UNIVERSIDAD DE CHILE - DICIEMBRE 2024: 77-110



APROXIMACIÓN A LOS CONCEPTOS ISABELINOS DE EMOCIÓN. EL VOCABULARIO EMOCIONAL EN LOS TRATADOS INGLESES DE THOMAS ROGERS (1576) Y DE THOMAS WRIGHT (1601)*

*Paula Baldwin Lind***

RESUMEN: En este artículo se analiza la noción de “emoción” durante la Modernidad temprana inglesa, específicamente a lo largo de la era isabelina, desde algunas perspectivas de la historia cultural (Febvre y Burke) y del llamado “giro afectivo”. En primer lugar, se identifican los términos que describen y aluden a las emociones en dos de los tratados más representativos acerca del tema: el de Thomas Rogers y el de Thomas Wright, publicados en 1576 y 1601, respectivamente, para comprobar que el término “emoción”, que describe cierta alteración del ánimo, no aparece en estas fuentes, pues su uso en lengua inglesa es posterior. Ambos tratadistas optan por conceptos que consideran sinónimos para referirse a las emociones, ya sea “sentimientos”, “perturbaciones”, “mociones”, o “afectos”, pero, sobre todo, “pasiones”, lo que resalta la intensidad de aquello que se padece, aunque sin negar del todo la agencia humana. En segundo lugar, se establece que ambas fuentes se sustentan

* La investigación para la publicación de este artículo se ha realizado en el marco del Proyecto Fondecyt Regular n.º 1221612: “Building Bridges: Comparative Study of Domestic Spaces in Selected Comedies by Lope de Vega and William Shakespeare”, del cual soy investigadora responsable.

** Profesora Titular, Instituto de Literatura, Universidad de los Andes, Chile. PhD in Shakespeare Studies, The Shakespeare Institute, Universidad de Birmingham, Inglaterra. Master of Studies in English Literature 1550-1780, Universidad de Oxford, Inglaterra. Santiago, Chile. ORCID ID: <https://orcid.org/0000-0003-2043-9304>. Correo electrónico: pbaldwin@uandes.cl

sobre la base de la teoría humoral hipocrática-galénica y de la herencia filosófica de Aristóteles y de San Agustín, entre otros, pero difieren en la perspectiva moral de las emociones, pues mientras Wright profesó el catolicismo, Rogers adhirió a la Reforma protestante. Finalmente, se plantea que la cultura isabelina asume que el sujeto masculino no solo experimenta y expresa las emociones de un modo diferente al de las mujeres, sino que, además, mientras sus emociones radicarían en el cerebro, el hígado y el bazo, toda la estructura emocional femenina, con sus diversas manifestaciones, se asociaría al útero.

PALABRAS CLAVE: Modernidad temprana inglesa, era isabelina, emociones, Wright, Rogers.

APPROACHING THE ELIZABETHAN CONCEPTS OF EMOTION. EMOTIONAL VOCABULARY IN THE ENGLISH TREATISES BY THOMAS ROGERS (1576) AND THOMAS WRIGHT (1601)

ABSTRACT: This article analyzes the notion of emotion in early modern England, specifically throughout the Elizabethan era, from some perspectives of cultural history (Febvre and Burke) and the so-called “affective turn”. First, it identifies the terms that describe and allude to emotions in two of the most representative treatises on the subject, those of Thomas Rogers and Thomas Wright, published in 1576 and 1601, respectively, to verify that the term “emotion”, which describes a certain alteration of mood, does not appear in these sources, as its use in English is later. Both writers choose concepts that they consider synonymous to refer to emotions, whether “feelings”, “perturbations”, “motions”, or “affections”, but, above all, “passions”, which emphasizes the intensity of that which is suffered, although without entirely denying human agency. Secondly, it is established that both sources draw on Hippocratic-Galenic humoral theory and the philosophical heritage of Aristotle and Augustine, among others, but differ in the moral perspective of the emotions, for while Wright professed Catholicism, Rogers adhered to the Protestant Reformation. Finally, it is argued that Elizabethan culture assumes that the male subject not only experiences and expresses emotions in a different way than women, but also that while his emotions are rooted in the brain, liver and spleen, the entire female emotional structure, with its various manifestations, is associated with the womb.

KEYWORDS: English early modern period, Elizabethan era, emotions, Wright, Rogers.

Aceptado: 16 de noviembre de 2023

Recibido: 4 de marzo de 2024

Introducción

Es difícil pensar en cualquier aspecto significativo del pasado que no implique emociones. [...] Tanto si oímos los gritos de los oprimidos como las llamadas de los enardecidos visionarios, no sólo escuchamos los relatos de acontecimientos pasados, sino también los ecos de emociones ancestrales. El latido de la historia se mantiene gracias al pulso del corazón humano¹.

En las últimas décadas ha surgido un creciente interés por el estudio de las emociones humanas no solo desde la psicología, la sociología, la filosofía y la historia, sino también desde la neurociencia, la educación, incluso desde las artes. Ya en 1941, el historiador francés Lucien Febvre animaba a sus colegas a sumergirse en un nuevo campo de investigación: la historia de la sensibilidad y de la vida afectiva. Para dicho fin proponía las fuentes y métodos que los historiadores debían utilizar en esta tarea, como el estudio de la historia del lenguaje y los vocabularios emocionales, la historia de las artes visuales, incluidas la pintura y la escultura devocionales, el teatro y el cine, además del análisis de documentos jurídicos y tratados morales².

Al recapitular las fuentes, el autor se refiere especialmente a la literatura, pues considera que puede contribuir al conocimiento de las emociones tomando las debidas precauciones críticas, por lo que afirma: “¿Qué otro recurso existe? La literatura. Y no sólo el registro hecho por ella, el registro que le debemos, de los matices de sensibilidad que separan unas épocas de otras, y más exactamente las generaciones –sino el estudio de la manera misma en que crea, y luego difunde tal o cual forma de sentimiento entre las masas cuya importancia, por otra parte, debe ser evaluada con precisión”³. Sin embargo, desde el principio Febvre tenía claro que esta línea de investigación no implicaba una simple aplicación o adaptación de la psicología del siglo XX a períodos históricos anteriores, ni menos psicologizar la historia u otras áreas del saber, sino un detallado mapeo de aquellos paradigmas emocionales que han influido en los grandes planteamientos historiográficos; en otras palabras, identificar las emociones predominantes de diferentes civilizaciones y épocas para intentar

¹ Dixon, 2023, p. 1. Traducción de la autora (en adelante, trad. autora). De aquí en adelante ofrezco mis propias traducciones de las citas en otros idiomas para facilitar la lectura del artículo.

² Febvre, 1941, especialmente pp. 13-16. Dos de las publicaciones más influyentes que preceden a la de Febvre, son las del holandés Johan Huizinga, quien publica en 1919 *El otoño de la Edad Media* (traducido al español en 1930), y *El proceso de civilización: investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, escrito en 1939 por Norbert Elias y traducido al español en 1987.

³ Febvre, 1941, *op. cit.*, p. 16 (trad. autora).

formular estructuras conceptuales que contribuyan a la comprensión de la Historia más allá del estudio de hechos pasados.

Ahora bien, este recorrido histórico-geográfico, cuyo punto de inflexión está marcado por el llamado “giro afectivo”⁴ –que surge a mediados de 1990 a causa del cuestionamiento de los modos dominantes de análisis en el campo de las humanidades–, no ha estado exento de polémicas y debates, pues representa una ruptura con el tradicional objeto de estudio de la Historia –el pasado del ser humano y los procesos que esto conlleva–, pero, sobre todo, un giro de perspectiva epistemológica⁵. Este cambio de ruta supone rastrear la huella de diversas emociones y afectos que se encuentran en el origen, desarrollo y desenlace de procesos históricos específicos desde una perspectiva interdisciplinaria que explora el diálogo entre lo afectivo y lo cognitivo, así como entre lo corpóreo y lo espiritual.

En este artículo me propongo examinar la noción de “emoción” durante la Modernidad temprana inglesa, particularmente y de modo acotado, a la era isabelina, período de gran esplendor cultural y de múltiples reformas, no solo religiosas, sino asociadas al surgimiento del sujeto moderno y a la expresión de sus emociones. La investigación plantea que los tratados más representativos de la época que estudian las emociones en su conjunto, como el de Thomas Rogers, publicado en 1576, y el de Thomas Wright, impreso por primera vez en 1601, no utilizan el término “emoción” (*emotion*) –ni en singular ni en plural– para describir los movimientos intensos del ánimo que repercuten incluso físicamente, pues su uso en inglés es posterior. Estos autores, y algunos de sus contemporáneos, como Timothy Bright y Robert Burton⁶, que escribieron específicamente sobre la melancolía, o incluso dramaturgos como William Shakespeare, casi siempre optan por conceptos que consideran sinónimos de las emociones, ya sea “mociones” (*motions*), “afectos” (*affections* o *affects*), “perturbaciones” (*perturbations*), o “sentimientos” (*feelings*), pero, sobre todo, “pasiones” (*passions*), poniendo el énfasis en la intensidad de aquello que se padece, aunque sin desconocer la agencia humana.

En segundo lugar, se establece que ambas fuentes se sustentan sobre la base de la teoría humoral hipocrática-galénica y de la herencia filosófica de Aristóteles que circuló en Inglaterra durante la era isabelina tanto directamente a través de sus

⁴ Para referencias al “*affective turn*” en el mundo anglosajón, ver Clough y Halley, 2007 (sociología); Moscoso, 2012 (perspectiva cultural); Boddice, 2014 (relaciones Historia y Psicología).

⁵ Lemmings y Brooks, 2014, pp. 3-4 (trad. autora).

⁶ Se trata de *A Treatise of Melancholie* (1586) de Bright, y *The Anatomy of Melancholy* (1621) de Burton.

obras, como indirectamente gracias a las aproximaciones estoicas, ciceronianas y escolásticas a su pensamiento, especialmente la de Tomás de Aquino⁷, además de los escritos de San Agustín, entre otros autores. Sin embargo, pese a compartir un fundamento teórico similar, Wright y Rogers difieren en la perspectiva moral de las emociones, pues mientras el primero profesó el catolicismo, el segundo adhirió a la Reforma protestante. Finalmente, se argumenta que la cultura isabelina asume que el sujeto masculino no solo experimenta y expresa las emociones de un modo diferente al de las mujeres, sino que, además, mientras sus emociones radicarían en el cerebro, el hígado y el bazo, toda la estructura emocional femenina, con sus diversas manifestaciones, se asociaría al útero y a los fluidos de sangre menstrual, leche y lágrimas. Finalmente, el marco histórico-literario de esta investigación permite también reflexionar acerca de las implicancias de estudiar emociones escritas; es decir, expresadas en palabras que permiten identificar un vocabulario de las emociones isabelinas.

En busca de emociones en Inglaterra durante la Modernidad temprana

El desafío de analizar el modo en que las personas que vivieron en una determinada época comprendieron y expresaron sus emociones es una tarea que parece inabarcable. Es por esto que, tal como ya señalé, delimitaré este estudio al período correspondientes a la era isabelina, que debe su nombre al reinado de Isabel I, desde 1558 hasta su muerte en 1603⁸, pero que, en términos de lo que llamamos ‘teatro isabelino’, comienza en 1576 con la construcción del primer teatro público en Londres y termina con el cierre de los teatros y de toda actividad teatral en Inglaterra en 1642, años que abarcan el gobierno de Jacobo I (1603-1625), incluso los primeros años de la monarquía de Carlos I (1625-1649)⁹. Aunque, como sostiene Keith Wrightson, los períodos históricos se construyen por acontecimientos clave o se definen en términos de procesos significativos más amplios, siempre “reflejan percepciones de la configuración del pasado que se originan en intentos particulares de darle forma y significado, que gradualmente se convierten en convencionales, y que persisten mientras conservan el poder de persuadirnos de que contribuyen a darle sentido”¹⁰. Si bien la denominación “Modernidad temprana inglesa” como marco histórico de los siglos XVI hasta

⁷ El estoicismo fue transmitido tanto por autores latinos como por el renacimiento neostoico del siglo XVI, ver Schmitter, 2021, s/p. En Inglaterra Cicerón fue uno de los primeros escritores clásicos que se beneficiaron de la nueva tecnología de la imprenta, ver Clare, 2020.

⁸ Isabel I Tudor (nacida en 1533).

⁹ Baldwin Lind, 2020, p. 84.

¹⁰ Wrightson, 2017, p. 1 (trad. autora).

inicios del XVIII (c.1550 hasta c.1780) ha sido bastante debatida, constituye la forma convencional en lengua inglesa de describir siglos de profundos cambios sociales, económicos, demográficos, políticos, filosóficos y religiosos, entre otros, que para Wrightson se origina “en la recuperación y difusión de la cultura clásica por parte de los eruditos humanistas del Renacimiento, y en un compromiso con ese legado recuperado que aumentó el sentido de diferencia respecto a lo que con el tiempo se conoció como la ‘Edad Media’ y les convenció de que habían entrado en una época ‘moderna’ distintiva (entendiendo por tal simplemente el presente o los tiempos recientes)”¹¹. Estas transformaciones afectaron a todos los niveles de la sociedad inglesa en diferentes grados e influyeron en una particular concepción de las emociones durante esta era, pues aun cuando, según Paster, Rowe y Floyd-Wilson, existe una base biológica común de la emoción humana presente en diferentes siglos, las narrativas históricas deberían dar cuenta de las diferencias y de las emociones predominantes en contextos culturales específicos; es decir, mostrar la universalidad, pero sin olvidar la variedad de la experiencia emocional¹². No obstante, definir las y delimitarlas no es una tarea sencilla, pues la concepción de estas durante este período no fue uniforme. Las múltiples perspectivas con las que tratadistas, teólogos, médicos, dramaturgos y autores de todo tipo se aproximaron a ellas reflejan la evolución de la comprensión de la naturaleza humana y el lugar central que ocupan las emociones en el desarrollo específico de cada civilización y del individuo moderno.

Existe suficiente evidencia para afirmar que los primeros autores moderno tempranos ingleses se nutrieron de las teorías primarias de las emociones formuladas en períodos anteriores, lo que en palabras de Jean Starobinski podría denominarse el “peso de la tradición”¹³. Esto fue posible porque durante la segunda mitad del siglo XVI, en las islas británicas se fundaron más *grammar schools* (escuelas básicas) que contribuyeron a la alfabetización. Unido a este fenómeno se produjo un rápido crecimiento de la industria de la imprenta que permitió un mayor acceso a los libros¹⁴ y, por tanto, a más variedad de conocimientos, como, por ejemplo, acerca de la naturaleza y del funcionamiento de la mente¹⁵. Autores latinos como Cicerón (106 a. C.-43 d. C.), Séneca (4 a. C.-65 d. C.) y San Agustín (354-430),

¹¹ *Ibid.*, pp. 2-3 (trad. autora).

¹² Paster, Rowe y Floyd-Wilson, 2004, p. 2 (trad. autora).

¹³ Starobinski, 2016, p. 45.

¹⁴ Solo los niños podían acceder a la educación formal. Un muy reducido número de mujeres, casi siempre de origen noble o debido a su estado religioso, aprendían a leer y escribir.

¹⁵ Hackett, 2022, p. 4. La autora agrega que dentro del mercado editorial abundaban los libros en otros idiomas. Alrededor del 10% de todos los libros publicados en Inglaterra entre 1550 y 1640 estaban en latín; algunos de ellos eran reimpressiones de autoridades clásicas.

así como la filosofía griega representada principalmente por Aristóteles (384-322 A.C.) y comentada profusamente por Tomás de Aquino (c. 1224/1225-1274), adquirieron gran autoridad en el mundo intelectual europeo e inglés¹⁶.

En *De anima*, Aristóteles propuso una teoría de la mente como parte del cuerpo e integrada en él. Sin embargo, en lo que respecta a las emociones, tanto en su *Ética a Nicómaco* como en su *Retórica*, aunque con diferentes objetivos, el filósofo griego presenta una lista de emociones. En la segunda¹⁷ se refiere a estas como *pathos* [pl. *pathē*], y “hace de las emociones estados en gran medida pasivos, situados dentro de un paisaje metafísico general que contrasta lo activo y lo pasivo, la forma y la materia, y la actualidad y la potencialidad. Los *pathē* son, ante todo, respuestas del animal encarnado al mundo exterior, muy parecidas a las percepciones”¹⁸. Junto al *logos* y al *ethos*, esta condición de un buen discurso adquiere relevancia para la interpretación de las emociones. Para Aristóteles, los *pathē* –“del griego πάθος *páthos* ‘estado de ánimo’, ‘pasión’, ‘emoción’, ‘sufrimiento’ [...], afecto vehemente del ánimo”¹⁹– representan potencialidades (no puras) que deben ser actualizadas por causas externas, como la experiencia de una emoción ocurrente. Según Amy Schmitter, la capacidad de experimentar *pathē* requiere de una forma determinada, de un alma a la que se le atribuirían por informar el cuerpo. Además, los *pathē* estarían estrechamente relacionados con la acción, y Aristóteles los habría tratado como una especie de movimiento. No obstante, dado que sus causas se encuentran fuera del animal que los experimenta, nos podemos preguntar si estos son controlables o no²⁰. Tanto en la *Ética* como en la *Retórica*, la respuesta parece ser que las pasiones

¹⁶ La popularidad de Aristóteles durante la Modernidad temprana inglesa se entiende retrospectivamente por la gran cantidad de comentarios de su obra escritos durante la Edad Media, además de las traducciones árabes. Los principales textos griegos del corpus aristotélico se publicaron gracias al impresor Aldo Manucio el Viejo entre 1495-98, y luego algunos humanistas que dominaban el griego produjeron nuevas ediciones críticas hasta que en 1530 llegaron a diversos países de Europa ediciones bilingües en griego, en latín y en lenguas vernáculas. Con la publicación de los comentarios medievales de Alberto el Grande (1200-80) y del Aquinate a finales del siglo XVI, los lectores tuvieron un acceso sin precedentes a los textos y comentarios griegos originales. Aparte de las traducciones realizadas por Boecio que reaparecieron alrededor de 1115, la presencia de Aristóteles en Europa fue, en gran parte, el resultado de contactos culturales con Constantinopla y algunos otros centros griegos, pero, sobre todo, de la iniciativa personal de unos pocos eruditos, ver Stone, 2002, pp. 9-10.

¹⁷ Aristotle, *Rhetoric*, II.1, 8-9, pp. 168-169.

¹⁸ Schmitter, 2021, *op. cit.*, s/p (trad. autora).

¹⁹ *Diccionario de la lengua española (DLE)*, l.m.

²⁰ Schmitter, 2021, *op. cit.*, s/p (trad. autora).

son susceptibles de influencia racional y de la acción de la voluntad, aunque no estén directamente sujetas a elección.

Así como los escritos de Aristóteles desempeñaron un papel fundamental en la configuración del enfoque moderno temprano de las emociones humanas, la doctrina médica de los humores, cuyo origen se asocia al corpus hipocrático, se constituye en el fundamento de la mayoría de los planteamientos posteriores, especialmente durante el período isabelino. Aun cuando Alcmeón de Crotona (c. 540-500 a.C.) fue uno de los primeros griegos en escribir acerca del tema, las obras médicas de Hipócrates (c. 460-370 a.C.) y sus seguidores se suelen considerar como el origen de la teoría humoral que posteriormente fue desarrollada por el influyente médico griego Galeno (129-?199/216 d.C.), quien, inspirado en el modelo de Platón que asignaba diversos espíritus o funciones a distintas partes del cuerpo humano, relaciona los humores con el funcionamiento de algunos órganos, especialmente con las interacciones del cerebro, el corazón y el hígado. Starobinski explica que la popularidad del humoralismo –los fluidos (bilis negra, bilis amarilla, flema y sangre) que corresponden a cada uno de los cuatro temperamentos tradicionales (melancólico, colérico, flemático, sanguíneo), y cuya circulación en el cuerpo y sus proporciones relativas determinaban el temperamento y el estado de ánimo²¹– surgió, en cierta medida, porque otorgaba a los isabelinos la posibilidad de “establecer una correspondencia estrecha entre los cuatro humores, las cuatro cualidades (seco, caliente, frío, húmedo) y los cuatro elementos (tierra, fuego, agua, aire). Como también se podían agregar, para constituir un mundo simétrico, las cuatro etapas de la vida, las cuatro estaciones, las cuatro direcciones del espacio, de donde provienen cuatro vientos distintos”²² (ver tabla siguiente).

Tabla 1. Humores y sus correspondencias naturales, psicológicas y astrológicas

<i>Humor</i>	<i>Cualidad</i>	<i>Temperamento</i>	<i>Elemento</i>	<i>Estación</i>	<i>Planeta</i>
Bilis negra	Frío y seco	Melancólico	Tierra	Otoño	Saturno
Bilis amarilla	Caliente y seco	Colérico	Fuego	Verano	Marte
Flema	Frío y húmedo	Flemático	Agua	Invierno	Venus
Sangre	Caliente y húmedo	Sanguíneo	Aire	Primavera	Júpiter

Fuente: Tabla elaborada por la autora sobre la base de diferentes textos. Ver especialmente Babb, 1951, pp. 9-11 y Hackett, 2022, *op. cit.*, p. 22.

²¹ Hackett, 2022, *op. cit.*, p. 22 (ver tabla 1); ver también Lyons, 1971, p. 2.

²² Starobinski, 2016, *op. cit.*, p. 21.

Siguiendo la tradición hipocrático-galénica, se pensaba que las emociones estaban influidas por el equilibrio o desequilibrio de los fluidos corporales, de modo que cada humor se asociaba también a emociones diferentes; por ejemplo, se creía que un exceso de bilis amarilla causaba ira, mientras que el de bilis negra se asociaba con la melancolía.

Según Richard Meek y Erin Sullivan, la herencia del humoralismo significó que el foco se puso en un cierto determinismo fisiológico que definía las emociones como algo propio de un cuerpo material. Así, los análisis acerca de las fuentes respecto del tema publicadas en esa época tienden a centrarse en la dimensión corpórea de las emociones, argumentando que “sentir era algo que le ocurría al cuerpo del sujeto pasivo y receptivo, que cedía a estos impulsos materiales o intentaba resistirse a ellos mediante un estoico autocontrol”²³. En este sentido, autoras como Gail Kern Paster llegan a plantear que para los primeros individuos modernos “las pasiones *eran* en realidad fuerzas líquidas de la naturaleza, porque, en esta cosmología, la materia del mundo exterior y la materia del cuerpo estaban compuestas de los mismos materiales elementales”²⁴, de modo que, analógicamente, el macrocosmos del universo y el microcosmos del ser humano –un mundo en miniatura– estarían vinculados. Efectivamente, la teoría médica de los humores incidió profundamente en el modo en que los isabelinos se aproximaron al estudio e interpretación de las emociones; sin embargo, esta corriente de pensamiento forma parte de un entramado de múltiples enfoques y taxonomías respecto del tema que incluso se contradecían, como explica Katharine A. Craik: “su variedad e incompatibilidad mutua también delatan el importante hecho de que los estados emocionales pueden ser compuestos, heterogéneos y temporales [...]. Todos los sistemas emocionales disponibles ‘daban al alma una especie de geografía’, [...] pero esas metodologías ordenadas a veces parecen contradecir las crisis emocionales que [...les] interesaba explorar”²⁵.

Schmitter recalca que la variedad de fuentes que informan los tratados isabelinos acerca de las emociones no solo provenían de obras filosóficas y médicas clásicas, como ya he mencionado, sino que

²³ Meek y Sullivan, 2017, p. 3 (trad. autora).

²⁴ Paster, 2004, p. 4 (trad. autora). *Cursivas* en el original.

²⁵ Craik, 2020, p. 5 (trad. autora). Craik toma la noción de “geografía del alma” de la obra de Rosenwein, 2016, p. 149.

en las primeras décadas del siglo XVII, el tema de las pasiones aparecía con más frecuencia en los tratados religiosos²⁶, sobre todo sermones²⁷; otras fuentes eran los tratados médicos²⁸, las obras de retórica²⁹, obras de teatro³⁰, textos políticos³¹, poesía³², drama³³, discursos pedagógicos³⁴, guías para la superación personal y ajena³⁵, e incluso manuales de dibujo³⁶.

²⁶ Además de los de Rogers y de Wright y de los tratados de emociones específicas como la melancolía, en 1640 se publica *A Treatise of the Passions and Faculties of the Soule of Man*, de Edward Reynolds, entre otros. También están los *Essayes* (1600-1601) de William Cornwallis y *A handful of essayes* (1621) de William Mason.

²⁷ Especialmente la edición que publica la Iglesia de Inglaterra de las homilias eduardianas: *Certaine Sermons Appoynted by the Quenes Maiesty* [...] (Londres, 1547) y una nueva edición del mismo libro con el título: *The Second Tome of Homeleys* [...] (1563-1571). También el volumen de Joseph Hall, *Meditations and Vowes, Diuine and Morall* de 1605, que incluye meditaciones y el de William Fenner, *A treatise of the affections* [...] de 1650.

²⁸ Por ejemplo, el de Helkiah Crooke, *Mikrokosmographia* (Londres, 1615). Los textos médicos del período 1500-1700 comprenden alrededor de 230 obras, Hackett, 2022, *op. cit.*, p. 22. Ver otros títulos que menciona Hackett en este artículo.

²⁹ *The Foundation [sic] of Rhetorike* (1563), de Richard Reynolds [Rainolde o Rainholde] y *A Brief Discourse on Rhetoricke* (1575), de William Medley. Ambos mencionan las pasiones y afectos.

³⁰ La lista sería demasiado extensa, pero incluye obras de William Shakespeare como *Otelo* y de sus contemporáneos Christopher Marlowe, Thomas Middleton, John Webster, Ben Jonson y Thomas Dekker, entre otros, y de dramaturgas como Lady Elizabeth Cary (1585-1639) y Lady Mary Wroth (1587-1651).

³¹ Especialmente dos discursos de Isabel I: el “Golden Speech”, del 30 de noviembre de 1601 (ver <https://www.nationalarchives.gov.uk/education/resources/elizabeth-monarchy/the-golden-speech/>) y “Elizabeth’s Tilbury speech”, generalmente atribuido a la reina y dirigido a las tropas en Tilbury en preparación para la esperada invasión de la Armada Invencible española (9 de agosto de 1588).

³² Nicholas Breton, *Melancholike humours, in verses of diuerse natures* (1600); Robert Allott, *Englands Parnassus* (1600); John Davies, *Microcosmos The discovery of the little world* (1603); Anthony Sherley, *Witts New Dyall* (1603); *George Wither; Abuses stript, and whipt. Or Satirical essayes* (1613); Robert Aylett, *The brides ornaments viz. fiue meditations, morall and diuine* (1625). Algunas de estas obras son antologías poéticas o contienen poemas que tratan de las emociones.

³³ Ver nota anterior donde se mencionan dramaturgos y dramaturgas del período isabelino.

³⁴ Quizá el más importante sea *The Scholemaster* (1570), de Roger Ascham. Aquí entran los manuales de conducta (*conduct literature*), como, por ejemplo, *The Instruction of a Christen Woman* (1529), de Juan Luis Vives y *The Flower of Friendshipp* (1568), de Edmund Tilney.

³⁵ Manuales para la oración privada como: *Prayers or Meditations* (1545) de Katherine Parr y *Godly Meditations* (1567) de John Bradford, entre otros. Los cambios religiosos, políticos y sociales llevaron a los isabelinos a recurrir también a libros sobre la mente y el alma que serían similares a los manuales de autoayuda actuales.

³⁶ Schmitter, 2013, p. 445 (trad. autora). Febvre también se refiere a las artes como una fuente de estudio de las emociones. Menciono dos ejemplos: *The gentlemans exercise* (1612)

Además, todas estas ideas se enmarcaban dentro del humanismo cristiano que permeaba el ámbito de la cultura y de la literatura europeas de los siglos XVI y XVII; de hecho, el contexto religioso de la sociedad bajo el reinado de Isabel I exigió, de algún modo, que las ideas de Aristóteles y de otros antiguos se adecuaran al cristianismo para ser aceptadas tras la Reforma. En el entorno cultural de estos siglos, el enfoque de San Agustín, quien vincula las pasiones con la pasión de Cristo, constituye un intento por cristianizar la teoría de las emociones. En términos muy generales, pero que son de interés para este artículo, en *La ciudad de Dios contra los paganos* XIV, iii-ix, el obispo de Hipona sostiene que en lugar de decir que las emociones surgen del cuerpo, estas no son en sí mismas otra cosa que “actos de la voluntad” (*immo omnes nihil aliud quam voluntates sunt*)³⁷, poniendo así el énfasis en la voluntad (*voluntas*)³⁸ que si es perversa³⁹ dará lugar a emociones perversas, mientras que si es recta⁴⁰ devendrá en emociones que no solo serán irreprochables, sino loables (*non solum inculpabiles, verum etiam laudabiles erunt*)⁴¹. San Agustín entiende que las pasiones se experimentan como “perturbaciones”⁴² del ánimo –deseo, felicidad, miedo y tristeza– que no son en sí mismas ni buenas ni malas, sino que, como ya explicaba, dependerán de cómo sea la voluntad de la persona. La visión agustiniana fue incorporada a la discusión de las emociones durante la Modernidad temprana y en pleno desarrollo del Humanismo, pocos años antes del comienzo de la era isabelina; Erasmo (1466-1536) intenta “fusionar su versión de la educación moral de inspiración clásica con [...] una filosofía centrada en Cristo”⁴³, en un esfuerzo por armonizar el paganismo emocional de la Antigüedad clásica con las pasiones entendidas desde la fe.

Tomando en cuenta los precedentes de las teorías de las emociones del período estudiado, es preciso reconocer que durante los siglos XVI e inicios del XVII los ingleses creían que mente, cuerpo y alma estaban vinculados “en un sistema que definía los cuatro humores materiales del cuerpo no sólo como los determinantes de la salud fisiológica, sino también como la base de múltiples

de Henry Peacham y *Ars pictoria* (1669) de Alexander Browne. Para los isabelinos el acto de dibujar despierta los sentidos y las emociones.

³⁷ De Hipona, [412-426] 1966, XIV, vi, pp. 284-285.

³⁸ *Ibid.*

³⁹ *Ibid.*

⁴⁰ *Ibid.*

⁴¹ *Ibid.*

⁴² De Hipona, [412-426] 1966, *op. cit.*, XIV, iii, pp. 270-271 y XIV, viii, pp. 294-295, pp. 300-301.

⁴³ Brotton, 2006, p. 51 (trad. autora).

fenómenos mentales y espirituales”⁴⁴; por lo tanto, la dimensión inmaterial de la experiencia emocional también era aceptada y daba pie a un análisis moral y ético de las emociones, así como a la consideración de que estas reflejaban el estado espiritual de la persona; es decir, su relación cercana o distante con Dios y, por consiguiente, algunas emociones se calificaban como virtuosas, mientras que otras se veían como debilidades o vicios. Independientemente del enfoque de cada una de estas aproximaciones a las emociones en esta época, todas muestran “el deseo de clasificar y ordenar fenómenos que son excepcionalmente difíciles de clasificar y ordenar”⁴⁵. Detrás de estas indagaciones hay una profunda curiosidad que ha atravesado la historiografía y, por qué no decir, cierta ansiedad por comprender la naturaleza del ser humano y el papel que juegan las emociones en la vida de las personas y de los pueblos. Sin embargo, aunque la producción historiográfica ha sido inmensa, su estudio es muy complejo, pues, como argumenta Peter Burke, aún existen problemas sin resolver. Uno de ellos es lograr un cierto consenso con respecto a la terminología y definición de las emociones. En efecto, como ya he planteado, encontramos en las diversas fuentes variadas formas de nombrarlas, incluso indistintamente: “pasiones, sentimientos, sensibilidad, afectos, afectividad, deseos, pulsiones o instintos. Aquí, como en cualquier otro lugar del estudio del comportamiento humano, encontramos demasiados conceptos, acuñados en diferentes disciplinas, que se disputan el mismo espacio intelectual. ¿Qué se entiende por emoción?”⁴⁶ Intentaré responder a esta pregunta, al menos de modo parcial, en el siguiente apartado.

Emociones tempranas: ¿experiencias o relatos de experiencias?

La primera respuesta a la cuestión que plantea Burke, me parece, es que no es posible llegar a una nomenclatura única de la emoción. Precisamente por todo lo dicho antes, la expresión de las emociones varía en cada época histórica y está sujeta a una serie de aspectos culturales, religiosos, lingüísticos, entre otros. Cada uno de los términos que surgen en las diferentes civilizaciones para referirse a las emociones muestra matices conceptuales propios de ese

⁴⁴ Sullivan, 2016, p. 4 (trad. autora).

⁴⁵ Craik, 2020, *op. cit.*, p. 5 (trad. autora).

⁴⁶ Burke, 2005, p. 38 (trad. autora). Por tratarse de los términos fundamentales de este análisis, incluyo aquí la cita en el idioma original: “passions, feelings, sentiments, sensibility, affections, affectivity, desires, drives or instincts. Here as elsewhere in the study of human behaviour, we find too many concepts, coined in different disciplines, jostling in the same intellectual space. What counts as an emotion?”.

determinado período que dan cuenta de una dimensión específica que predominó en un momento concreto, ya sea por el impacto de hechos históricos de relieve como una guerra o por la preeminencia de cierta ideología, o por efecto de la serendipia, como el hallazgo o la disponibilidad de publicaciones o fuentes precisas. En consecuencia, más que definir qué se entiende por emoción de modo universal e inequívoco, podría ser más fructífero establecer una base mínima común del significado del concepto y luego estudiar el o los términos que aparecen con mayor frecuencia en las fuentes principales de una época –por ejemplo, por su cantidad de ediciones o por la frecuencia de referencias en otros escritos– para establecer la connotación del concepto en ese período definido que puede coincidir o no con otro momento histórico. El mismo Burke admite que el lenguaje cambia todo el tiempo y, poco a poco,

[...] también lo hacen las clasificaciones, los escenarios, los guiones, los repertorios y, en consecuencia, las propias experiencias. [...] El reto para los historiadores es explicar estos cambios. Así que, para concluir, una historia cultural relativamente modesta y viable de las emociones o de las culturas de la emoción es una historia de matices, de fronteras móviles entre las emociones, de cambios en el equilibrio entre ellas, de cambios en su gestión, del fomento o desaliento de su expresión, y de asociaciones cambiantes entre emociones específicas y diferentes grupos sociales, objetos o situaciones⁴⁷.

Al estudiar las emociones del pasado, lo que encontramos son palabras que describen o intentan definir una experiencia emocional. Es por esto que para Thomas Dixon una de las tareas más desafiantes del historiador que investiga este tema es la de hacer una “lectura cuidadosa e históricamente informada de los signos externos visibles de los sentimientos internos e invisibles”⁴⁸, puesto que, de hecho, la evidencia de que dispone para analizar se encuentra en la forma de palabras: “podrían ser palabras escritas en el calor de la pasión en una carta de amor, palabras impresas en un tratado médico sobre enfermedades de la mente, palabras publicadas en el informe periodístico de un juicio sensacionalista o palabras en la letra de una canción. [...] Puede parecer que las emociones no están en ningún lugar al alcance de las manos, incluso cuando han dejado sus huellas en documentos, objetos preciados o espacios físicos”⁴⁹, pero sabemos que habitan de algún modo misterioso en aquellas palabras. En este sentido, Dixon también aporta al marco de historia cultural de esta investigación al

⁴⁷ *Ibid.*, pp. 43-44 (trad. autora).

⁴⁸ Dixon, 2023, *op. cit.*, p. 3 (trad. autora).

⁴⁹ *Ibid.*, p. 3 (trad. autora).

resaltar “la importancia de las palabras clave como espejos y motores del cambio social e intelectual”⁵⁰, aspecto fundamental en este trabajo, pues como agrega el mismo autor, las nuevas palabras y sus nuevos significados pueden crear nuevas visiones de mundo.

Una segunda dificultad que señala Burke es la de la selección y acceso a las fuentes adecuadas que sean representativas no solo de las emociones predominantes de un período, sino de las actitudes ante estas o de las mentalidades que las rodean, por lo que se pregunta: “¿Cómo puede un historiador acceder a las pasiones de los muertos?”⁵¹, a lo que de inmediato responde: “los tipos de documentos más utilizados por los historiadores no nos dicen gran cosa sobre las emociones. No es de extrañar, pues, que este campo quedara más o menos abandonado a los especialistas en literatura”⁵². Aunque los textos literarios utilizados como testimonio de emociones pueden ser también problemáticos, ya que es imposible distinguir en qué proporción el contenido que presentan es pura ficción o reflejo más o menos fidedigno de la realidad, a diferencia de Burke, pienso que el estudio de las emociones no ha quedado “abandonado” a esta área del saber, sino todo lo contrario. La investigación acerca de las emociones se puede enriquecer enormemente aproximándose a ellas desde una perspectiva histórico-literaria que incluye diarios de vida, cartas, novelas, narraciones breves y poemas⁵³, si bien sostengo que el teatro de una época —el texto dramático escrito y representado— es un lugar privilegiado, una especie de laboratorio de hallazgos y posibles interpretaciones de experiencias, vocabularios y convenciones emocionales, especialmente durante la era isabelina cuando el arte dramático llegó a su máximo esplendor. Por tanto, no es mera coincidencia

⁵⁰ Dixon, 2012, p. 338 (trad. autora).

⁵¹ Burke, 2005, *op. cit.*, p. 39 (trad. autora).

⁵² *Ibid.*, p. 39 (trad. autora). En este punto el historiador menciona el trabajo pionero realizado en este campo por Burckhardt y Huizinga, aunque también critica su metodología.

⁵³ Registro los títulos breves en inglés isabelino de algunos de los tratados acerca de las pasiones en general que alcanzaron bastante popularidad durante la era isabelina. *Wits Theater of the Little World* (1599) de Robert Allott es una colección de dichos morales recopilados de autores clásicos, anécdotas de hombres famosos y epitomes históricos, mientras que *Englands Parnassus* (1600), del mismo autor, es una antología de poesía y prosa. En ambas obras se describen algunas emociones específicas o se alude a sentimientos como el amor, la crueldad, la melancolía, incluso las lágrimas. Nicholas Breton publica *Melancholike Humours* (1600), una colección de poemas que fueron concebidos originalmente como parte de una serie de carteles satíricos. Después de la muerte de Isabel I en 1603, encontramos la obra de Edward Reynolds, *A Treatise of the Passions and Faculties of the Soul of Man* (1640), la de Walter Charleton, *Natural History of the Passions* (1674), y el *Enchiridion Ethicum* de Henry More, publicado en 1668 y traducido como *An Account of Virtue* en 1690. Estas últimas son de corte más filosófico.

que muchos de los expertos que estudian la expresión de emociones isabelinas se refieran al proceso de investigación como una ‘lectura’ de emociones⁵⁴.

Leer el vocabulario de las emociones desde algunas fuentes isabelinas

La extensa lista de publicaciones de toda índole que tocan de modo directo o indirecto el tema de las emociones en la Inglaterra isabelina es imposible de abarcar en este artículo. Según Schmitter, “más de ocho mil libros publicados en inglés durante el siglo XVII mencionan la ‘pasión’ en uno o más lugares, y la cuenta aumenta si incluimos el ‘afecto’. Aunque no todas esas obras abordan temáticamente las pasiones, muchas sí lo hacen”⁵⁵.

El uso de la palabra *emotion*⁵⁶ en Inglaterra se remonta a la década de 1590 y, como señala Dixon, recién llega a las costas británicas importada del francés *émotion* a principios del siglo XVII gracias a la traducción de John Florio de los *Ensayos* de Michel de Montaigne publicada en 1603⁵⁷, aunque al principio tampoco se utiliza como una categoría para referirse a un estado mental; por el contrario, tanto en su forma francesa como inglesa “era una palabra que denotaba perturbación física y movimiento corporal. Podía significar una conmoción entre un grupo de personas (como en la frase ‘emoción pública’), o una agitación física de cualquier cosa, desde el clima o un árbol hasta del cuerpo humano”⁵⁸. Florio incluso se disculpa ante sus lectores por haber introducido “‘términos groseros’ del francés en su versión inglesa de [los *Ensayos*], incluida entre ellos la palabra ‘emoción’”⁵⁹; por tanto, el lingüista inglés otorga una connotación negativa al concepto.

Al inicio de la era isabelina, no existía una definición universalmente aceptada de “emoción” y, como explica Craik, el término se refería a la perturbación general –la pérdida de la quietud o del juicio– sugerida por el término latino

⁵⁴ Ver, por ejemplo, Paster, Rowe y Floyd-Wilson, 2004, *op. cit.*; Meek y Sullivan, 2017, *op. cit.*; Dixon, 2023, *op. cit.*

⁵⁵ Schmitter, 2013, *op. cit.*, p. 443 (trad. autora). Schmitter no especifica si esta cifra se refiere a publicaciones que aparecen solo en Gran Bretaña o también en otras naciones.

⁵⁶ Dado que analizo el vocabulario de las emociones, de aquí en adelante señalaré en el texto, cuando sea necesario, no solo los términos traducidos, sino los conceptos en su idioma original.

⁵⁷ Dixon, 2012, *op. cit.*, pp. 338 y 340. La traducción de Florio de los *Ensayos* de Montaigne obtuvo la licencia para su publicación de Edward Blount el 4 de junio de 1600, pero se publicó tres años después.

⁵⁸ *Ibid.*, p. 340 (trad. autora).

⁵⁹ *Ibid.* Dixon incluye esta referencia de Montaigne, 1603, p.v.

emovere (moverse); en efecto, los isabelinos, a menudo, describían los impulsos que despertaban la mente, el cuerpo y el alma como *motions* (movimientos)⁶⁰. No obstante, la definición de “movimiento” en este sentido (ya obsoleto): “un estímulo o impulso interior [...]; una conmoción del alma, una emoción”⁶¹, así como la acepción de *emotion* que registra el *Oxford English Dictionary (OED)*: “cualquier agitación o perturbación de la mente, sentimiento, pasión; cualquier estado mental vehemente o excitado”⁶², datan de 1430 y 1660, respectivamente. Mientras que para Steven Mullaney esto se debe a que la última palabra solo se convirtió en un término para designar un sentimiento alrededor de la época en que “individuo” adoptó “su significado moderno”⁶³, para Paster, Rowe y Floyd-Wilson “las palabras renacentistas que más se aproximaban a lo que nosotros llamamos emoción eran ‘pasión’ [*passion*] y ‘afecto’ [*affection*]”⁶⁴. Además, como la misma autora señala, en este universo lingüístico de las emociones tempranas conviven autores que utilizan “pasión” y “afecto” como sinónimos, al mismo tiempo que otros establecen minuciosas distinciones entre ambos términos, además de la noción de “sentimiento” [*feeling*] entendida ya desde 1400 como “la condición de estar emocionalmente afectado; [...] una emoción”⁶⁵. Aunque se podría afirmar, en sentido metafórico, que todos los términos mencionados son permeables, cada uno aporta un matiz diferente al complejo mecanismo de las emociones humanas. Con todo, Starobinski es enfático al explicar la relevancia de dar un nombre a aquello que sentimos para poder identificarlo:

Que un sentimiento esté inscrito en un nombre [...] implica de suyo algunas consecuencias dignas de atención. Por una parte, el paso a la verbalización (a la conciencia lingüística de sí) es el comienzo de una reflexión e incluso de una crítica. Por otra parte, tan pronto el nombre de un sentimiento se da a conocer [...], la palabra, según su eficacia inherente, contribuye a fijar, propagar y generalizar la experiencia afectiva que designa. El sentimiento no es esa palabra, pero sólo puede diseminarse a través de ella. En el peor de los casos, y cuando

⁶⁰ Craik, 2020, *op. cit.*, p. 1 (trad. autora).

⁶¹ “Motion”, *Oxford English Dictionary (OED)*, 9. Obsol.a., “An inward prompting or impulse [...]; a stirring of the soul, an emotion”.

⁶² “Emotion”, *OED*, 4.a. *fig.* “Any agitation or disturbance of mind, feeling, passion; any vehement or excited mental state”.

⁶³ Paster, Rowe y Floyd-Wilson, 2004, *op. cit.*, p. 2 (trad. autora). La autora cita una conferencia no publicada de Steven Mullaney, “Emotion and its Discontents”, presentada en el MLA Division on English Renaissance Literature, Chicago, 1999.

⁶⁴ *Ibid.*, p. 2 (trad. autora).

⁶⁵ “Feeling”, *OED*, 4.a. “The condition of being emotionally affected; [...]; an emotion”.

sólo algunas palabras son usadas ampliamente, pueden abarcar aquello que no les corresponde⁶⁶.

En lo que atañe al tipo de publicaciones acerca del tema en Inglaterra de fines del siglo XVI y principios del XVII, Hackett enumera una serie de tratados médicos que fueron muy populares dado su número de ediciones. Un ejemplo notable es *The Castle of Health*, de sir Thomas Elyot, impreso por primera vez en la década de 1530, con dieciséis reediciones hasta 1595. Otros manuales similares acerca de la salud del cuerpo y de la mente fueron *Regimen sanitatis Salerni* (*The Salernitan Rule of Health*), obra medieval traducida al inglés por Thomas Paynell en 1528, y *The Government of Health* (1558), del médico William Bullein. Las dos últimas fueron objeto de múltiples ediciones y fueron leídas durante todo el período isabelino⁶⁷. A estas reconocidas obras se añaden otras como *The Touchstone of Complexions* (1576), una traducción de *De habitu et constitutione corporis* de Levinus Lemnius, médico holandés, quien sigue la línea del humoralismo, pues allí, como señala Hackett, el término “complexión” (*complexión*) significa “la constitución o temperamento producido por cada humor”⁶⁸. Los isabelinos instruidos también tenían acceso a dos volúmenes enciclopédicos: *Batman upon Bartholome* (1582) y *The French Academy* (*L’Académie française*) de Pierre de La Primaudaye, un compendio de pensamiento filosófico, científico y moral, publicado en 1577 y traducido al inglés en tres partes entre 1586-1601. A todos estos volúmenes de enfoque predominantemente fisiológico, se añaden publicaciones con marcados tintes antropológicos, religiosos y morales.

Precedidas por obras del siglo XVI en España, como *De anima et vita* (1538) de Juan Luis Vives⁶⁹ y el *Examen de ingenios* (1575) del médico y filósofo español Juan Huarte de San Juan⁷⁰, en Inglaterra Francis Bacon publica sus *Essays* en

⁶⁶ Starobinski, 2016, *op. cit.*, p. 205.

⁶⁷ Hackett, 2022, *op. cit.*, pp. 5-6 (trad. autora). Sir Thomas Elyot fue funcionario de la corte de Enrique VIII.

⁶⁸ *Ibid.*, p. 6 (trad. autora).

⁶⁹ Aunque muchos de los términos y conceptos que Vives utiliza los recoge de Aristóteles y de Santo Tomás de Aquino, no desarrolla un tratado de psicología racional de corte escolástico. En el primer capítulo del tercer libro, Vives divide las emociones en tres grupos: las que tienden al bien, las que proceden del mal y las que tienden contra el mal. Independiente de estas categorías, considera la tristeza (que equivaldría a la melancolía) como una emoción básica y la relaciona con las lágrimas, ver Vives, [1538] 1992, pp. 9, 18-19.

⁷⁰ Hackett, 2022, *op. cit.*, p. 7 (trad. autora). La obra tuvo cincuenta y cinco ediciones en seis idiomas diferentes durante los siglos XVI y XVII, incluida una versión en inglés: *The Examination of Men’s Wits* (1594).

1597 donde, entre variados temas, trata de algunas virtudes, temperamentos y pasiones particulares como, por ejemplo, la venganza, la envidia, el amor y la ira. Unos años después, en su *Advancement of Learning* (1605) el filósofo y científico examina las pasiones a la luz de la filosofía moral, considerándolas como fuerzas poderosas que podían obstaculizar o potenciar el razonamiento y el juicio humanos. Sin embargo, se puede decir que la discusión isabelina acerca de las emociones en sentido amplio cobra mayor fuerza con *The Passions of the Mind*, de Thomas Wright (c.1561-1623), sacerdote jesuita. Escrito a finales de la década de 1590, publicado por primera vez en 1601, luego reeditado, revisado y ampliado en 1604 como *The Passions of the Minde in Generall* marca un hito en el mundo británico. A este extenso tratado le anteceden y siguen innumerables publicaciones –mencionadas desde la nota n.º 27 hasta la n.º 37 de este trabajo– que dan cuenta del interés y de la preocupación por el tema de las emociones, pero, sobre todo, por su posible influjo en la moralidad de las acciones.

A continuación indagaré en el vocabulario que alude a las emociones en el tratado de Wright que analizaré realizando algunos contrapuntos con la publicación anterior del clérigo protestante Thomas Rogers (c.1553-1616), quien en 1576 publicó su propio tratado sobre las pasiones, titulado *The Anatomie of the Minde*, reeditado cuatro años más tarde como *A Paterne of a Passionate Minde* (1580)⁷¹. Si bien me centraré en el primero, me parece necesario hacer algunos alcances respecto del segundo, puesto que sus autores son representativos de las dos visiones religiosas que se enfrentaron para dar paso a la Reforma religiosa inglesa. Alec Ryrie plantea que cuando Enrique VIII rompió con el papado en Roma y se convirtió en autoridad suprema de la Iglesia, llevó a Inglaterra a un “territorio inexplorado”⁷². El año 1534 se suele considerar como el momento decisivo de la separación de los británicos del catolicismo, pero en un comienzo la transformación fue superficial y, sobre todo, a nivel de enmiendas litúrgicas que no afectaron demasiado el núcleo de la fe ni su expresión cotidiana. En línea con Ryrie y otros historiadores⁷³, considero que la auténtica escisión de las creencias religiosas ocurrió a partir del año 1536 cuando los cambios se hicieron realidad “en lo que fue, para la mayoría de los ingleses, el episodio definitorio de la Reforma: la disolución de los monasterios. Ningún otro acontecimiento del siglo XVI quedó tan profundamente grabado en la memoria popular”⁷⁴.

⁷¹ Señalo aquí los títulos breves de las obras.

⁷² Ryrie, 2017, p. 108 (trad. autora).

⁷³ Ver especialmente Ryrie, 2013; Duffy, 1992.

⁷⁴ Ryrie, 2017, *op. cit.*, p. 109 (trad. autora).

Me pregunto si se habrá producido también una reforma de las emociones o de la mentalidad acerca de ellas como consecuencia de las transformaciones religiosas. Probablemente, la respuesta sea afirmativa y la Reforma, de modo analógico, se pueda considerar como un fenómeno similar a lo que entendemos como “giro afectivo” en la historia de las emociones.

Las teorías isabelinas acerca de las emociones heredan, como ya he comentado, las ideas antiguas y retoman los debates medievales que rebaten los planteamientos de los estoicos para quienes todas las pasiones eran enfermedades del alma. Agustín de Hipona y de Tomás de Aquino reconocen que las pasiones son fuerzas violentas que pueden entrar en conflicto con la razón y llevar a un individuo al pecado; pero no están de acuerdo con llegar a la apatía; más bien, proponen distinguir entre esos movimientos perturbadores del alma y aquellos afectos virtuosos que pueden encaminar al bien. Con la Reforma inglesa el enfoque del pecado y de los medios para la salvación cambian radicalmente, pues basta la fe, sin necesidad de obras para salvarse. Es por esto que mediante el análisis del vocabulario de las emociones –sus expresiones verbales y sus connotaciones– en un tratado de enfoque católico y en otro con un prisma protestante, intentaré inferir las creencias y actitudes asociadas a las emociones en el contexto cultural isabelino.

Wright fue un sacerdote católico nacido en York que se educó como jesuita fuera de Inglaterra. Cuando rondaba los 16 años su familia lo envió al norte de Francia a estudiar en el Colegio Inglés de Douai⁷⁵, un seminario católico, pero por algunos conflictos con la universidad anfitriona esta institución debió trasladarse a Reims. El estudiante, sin embargo, viajó a Italia donde se incorporó al recién creado Colegio Inglés de Roma, donde permaneció al menos hasta 1580 para regresar posteriormente a Inglaterra en 1595⁷⁶. La vida de Wright no estuvo exenta de polémicas, pues fue protegido por el conde Essex y simpatizó con la corona inglesa a pesar de su pertenencia a la iglesia católica y de haber sido encarcelado por recusación en 1596; de hecho, terminó de escribir su tratado moral sobre las emociones justo antes de fugarse de prisión en 1600.

The Passions of the Minde in Generall (1604), obra cuyo marco intelectual es, en gran medida, aristotélico-escolástico, informado por la *Suma Teológica* de Tomás de Aquino en el estilo y nutrida del aprendizaje humanista, tiene como fin –declarado desde el inicio en la dedicatoria al conde de Southampton–

⁷⁵ Aquí también estudió el sacerdote jesuita y poeta Robert Southwell, contemporáneo de Shakespeare.

⁷⁶ Sullivan, 2017, p. 27 (trad. autora).

la instrucción moral del lector para moderar las pasiones “desordenadas” (*inordinate*), lo que facilitará a todos los cristianos llevar una vida tranquila, próspera y piadosa, y permitirá al “caballero civil y al político prudente [...] ganarse un porte amable y hacer que su conversación sea más agradecida para los hombres”⁷⁷; en definitiva, se trata de utilizar las pasiones al “servicio de la virtud”⁷⁸. En este sentido, la estructura del tratado de Wright es instructiva y en sus seis libros, divididos en capítulos hasta el cuarto y en secciones en el quinto y sexto, intenta explicar la relación del cuerpo humoral y de las pasiones de la mente, así como la forma en que las últimas afectan de modo diferente a las personas según su sexo, temperamento y nacionalidad; de hecho, el jesuita comenta que “al viajar a países extraños [fuera de Inglaterra] podrá descubrir a qué pasión está más inclinada la gente”⁷⁹, afirmación que va en línea con lo que he planteado al comienzo respecto de que la expresión de las emociones puede variar de acuerdo con los períodos históricos y los contextos culturales en que se manifiestan.

En ninguna parte del tratado aparece la palabra “emoción” (*emotion*). En el primer libro, Wright declara que Este tratará de la “esencia de las pasiones”⁸⁰, que utiliza indistintamente con “afectos”, incluso presentando ambos términos –“pasión o afecto” (*Passion or Affection*)⁸¹– como sinónimos para referirse a un mismo fenómeno. Al explicar la naturaleza de las pasiones, término que anota 381 veces en plural y 191 en singular a lo largo del tratado, el autor señala que “tres clases de acciones proceden de las almas de los hombres, algunas son internas e inmateriales, como los actos de nuestro ingenio y voluntad; otras son meramente externas y materiales, como los actos de nuestros sentidos, ver, oír, mover, etc.; otras se sitúan entre estos dos extremos, y rozan ambos; las cuales podemos descubrir mejor en los niños, porque carecen del uso de la razón [...]”⁸² y serían semejantes a las bestias que se dejan llevar solo por aquello que les agrada. A aquellas acciones que son comunes a los hombres y a las bestias, Wright les llama “Pasiones, y Afectos, o perturbaciones de la mente” [*Passions, and Affections, or perturbations of the mind*]⁸³, mientras que, como apunta, los griegos y latinos las habrían identificado como “perturbaciones” porque

⁷⁷ Wright, 1604, Bk. I, ch. 1, pp. 5-6 (trad. autora).

⁷⁸ *Ibid.*, Bk. I, ch. 1, pp. 17 (trad. autora).

⁷⁹ *Ibid.*, Bk. I, ch. 6, p. 6 (trad. autora).

⁸⁰ *Ibid.*, Bk. I, ch. 1, p. 1 (trad. autora).

⁸¹ *Ibid.*, Bk. I, ch. 2, p. 5 y Bk. V, p. 175 (trad. autora).

⁸² *Ibid.* (trad. autora).

⁸³ *Ibid.* (trad. autora).

[...] perturban extraordinariamente el alma, corrompiendo el juicio, y seduciendo la voluntad, induciendo (en su mayor parte) al vicio, y comúnmente apartando de la virtud, y por lo tanto algunos las llaman enfermedades, o llagas del alma. También se llaman afecciones, porque el alma por ellas, o afecta algún bien, o por el afecto de algún bien, detesta algún mal. Estas pasiones son, pues, ciertos actos u operaciones internas del alma, que, limitándose con la razón y el sentido, persiguen algún bien o rechazan algún mal, causando con ello alguna alteración en el cuerpo⁸⁴.

Al comentar este pasaje, Mullaney sostiene que Wright distingue las pasiones de los humores (esa “alteración en el cuerpo”⁸⁵); aunque el tratado también muestra que “la relación entre lo humoral y lo emocional es ambigua y multivalente en muchos sentidos. A veces las pasiones engendran humores o alteran el equilibrio humoral; a veces los humores engendran pasiones”⁸⁶. La teoría galénica de los humores está presente, sobre todo, en los dos primeros libros del tratado, pero luego desaparece casi totalmente de la discusión y da paso, especialmente en el tercer libro, a la dimensión espiritual de las pasiones donde Wright recurre a la Sagrada Escritura y a San Agustín, cuya teoría de los *pathē*, como planteé al inicio, fue una de las herencias más influyentes para el desarrollo del pensamiento de las emociones en la Modernidad temprana. Según Paster, Rowe y Floyd-Wilson, para los primeros modernos, el verbo *patior* “combina la idea de pasividad con la de sufrimiento, un sentido que en ninguna parte se transmite más vívidamente que en la historia de la Pasión de Cristo, mientras que *pathē* invoca el sentido más activo de perturbaciones”⁸⁷. Esta distinción es muy relevante al momento de analizar las emociones isabelinas, pues no se entienden completamente como algo que se padece o le acaece a la persona, sino como un movimiento que, de algún modo, exige la agencia de quien las experimenta.

La cantidad de términos para referirse a la emoción, a los que se añade con muy escasa frecuencia en este tratado el de “sentimiento” (*feeling*), entendido como la “sensación o sentimiento, en mayor o menor medida en el cuerpo”⁸⁸ que causan todas las pasiones mientras duran, concuerda con la abundancia de teorías que convivían en la Inglaterra isabelina para intentar explicar la

⁸⁴ *Ibid.*, Bk. I, ch.1, p. 8 (trad. autora).

⁸⁵ *Ibid.*, Bk. I, ch. 2, p. 8 (trad. autora).

⁸⁶ Mullaney, 2015, p. 54 (trad. autora).

⁸⁷ Paster, Rowe y Floyd-Wilson, 2004, *op. cit.*, p. 12 (trad. autora). Las autoras toman ideas de James, 1997, p. 11.

⁸⁸ Wright, 1604, *op. cit.*, Bk. II, ch. 1, p. 53 (trad. autora).

experiencia emocional y obedece a una de las cuestiones fundamentales en el estudio de este tema al que ya me he referido; es decir, el hecho de que gran parte de la evidencia con la que contamos se encuentra en forma de palabras. En el cuarto libro, donde Wright explica cómo se pueden descubrir las pasiones, el estudioso precisamente reconoce que “debemos rastrear las pasiones e inclinaciones por algunos efectos y operaciones externas. Y éstos no serán más que dos, palabras y hechos, discurso y acción [...]. Las palabras representan más exactamente la imagen misma de la mente y el alma”⁸⁹. Para Wright, las acciones externas como jugar, festejar, salir, beber, alabar, vestir, conversar y escribir nos llevarían a descubrir pasiones internas invisibles.

Entre el tercer y quinto libro, la sección más larga en la edición de 1604 por las revisiones y adiciones que el mismo Wright realizó, el autor aborda la dimensión social de las pasiones que para Mullaney funcionarían como una especie de lenguaje o vocabulario común. Efectivamente, como también argumenta Dixon, muy rara vez las emociones operan de modo aislado; “cualquier emoción particular existe en una red hecha de creencias, historias de vida, relaciones y educación cultural de un ser humano en particular, además de estar entrelazada con sus otras emociones”⁹⁰. De ahí que sea difícil aislar una emoción para estudiarla, ya que siempre será parte de una matriz de emociones concatenadas o incluso opuestas y, por ende, al investigar la historia de las emociones de cualquier época es preciso, al menos, conocer antes la trama emocional de esa cultura específica. En el caso del tratado de Wright supone comprender el enfoque cristiano de un jesuita en medio de una Inglaterra reformada, lo que puede contribuir a comprender las bases filosóficas y las creencias que dan forma a este volumen; por ejemplo, en el quinto libro, el análisis de todos los “motivos para amar”⁹¹ y los efectos que esto produce ocupa la mayor parte del documento y le otorga una connotación bastante positiva a las pasiones, puesto que si están movidas por el amor pueden llevar a la virtud, aunque al mismo tiempo seduzcan la voluntad. El libro sexto y final del tratado está dedicado a examinar los defectos o imperfecciones del alma, así como los impedimentos para practicar la virtud, dentro de los que se incluyen, entre otros, la “conversación perversa”⁹², los “libros corruptos”⁹³ y las “pasiones desordenadas”⁹⁴.

⁸⁹ *Ibid.*, Bk. IV, ch. 1, p. 105 (trad. autora).

⁹⁰ Dixon, 2023, *op. cit.*, p. 10 (trad. autora).

⁹¹ Wright, 1604, *op. cit.*, Bk. V, p. 193 (trad. autora).

⁹² *Ibid.*, Bk. VI, p. 322 (trad. autora).

⁹³ *Ibid.*, Bk. VI, s/p. (trad. autora).

⁹⁴ *Ibid.*, Bk. VI, p. 335 (trad. autora).

Mullaney resume el tratado en tres grandes bloques temáticos o lo que constituiría “tres objetos distintos de la investigación de Wright”⁹⁵: lo somático (los humores), lo social (incluidos los sentimientos, el lenguaje, la retórica, la expresión y varias cosas más) y lo espiritual (la provincia del alma), una secuencia que era leída como la ascensión de lo material a lo espiritual⁹⁶ dentro de un marco religioso. Ahora bien, a pesar de la popularidad de *The Passions* que se puede inferir porque después de la segunda edición se volvió a publicar en vida de Wright en 1620 y 1621, y posterior a su muerte en 1630⁹⁷, Sullivan hace notar que la crítica ha señalado que debido a que su autor era jesuita adhería “al menos en parte a una visión del mundo diferente a la de la mayoría de sus compatriotas en la Inglaterra de finales del siglo XVI y principios del XVII”⁹⁸, por lo que su perspectiva de las emociones no sería representativa de su contexto cultural. No cabe duda de que cualquier publicación, del tipo que sea, representa una mirada parcial de una determinada realidad o corriente de pensamiento; sin embargo, considerando lo que he sugerido respecto de la Reforma anglicana, no me parece que este argumento sea completamente válido, puesto que todo cambio de mentalidad y credo requiere de tiempo para implantarse y, aunque desde el inicio del proceso de ruptura de la iglesia de Inglaterra con la iglesia de Roma en 1534 ya habían pasado más de cuarenta años, la mayoría del pueblo inglés había sido católico durante generaciones, por lo que perfectamente podían comprender los planteamientos de Wright y sentirse identificados con ellos. Según Ryrie, “el protestantismo moderno temprano era una cultura religiosa de *base amplia*: [...] la división entre protestantes puritanos y conformistas, que ha sido tan importante en la historiografía inglesa, casi se desvanece de la vista cuando se examina a través del lente de la devoción y de la experiencia vivida”⁹⁹. Más aún, el tratado escrito unos años antes por Thomas Rogers muestra la dimensión protestante de las emociones y expande así el horizonte de estas más allá de la visión católica.

Rogers fue un erudito y teólogo de Christ Church, Oxford, y tanto su *Anatomie* como *A Paterne of a Passionate Minde*, una versión condensada que el autor publicó en 1580, al igual que el tratado de Wright, son representativos de un tipo de filosofía moral del Renacimiento que trata las pasiones como elementos importantes en la búsqueda de la virtud; no obstante, la influencia

⁹⁵ *Ibid.*, p. 55 (trad. autora).

⁹⁶ Mullaney, 2015, *op. cit.*, p. 55 (trad. autora).

⁹⁷ Sullivan, 2017, *op. cit.*, p. 29 (trad. autora).

⁹⁸ *Ibid.*, p. 25 (trad. autora).

⁹⁹ Ryrie, 2013, *op. cit.*, p. 6 (trad. autora).

socrática, estoica y calvinista del estudio de Rogers difiere del marco filosófico del de Wright. Sullivan sugiere que su enfoque protestante, cuyo énfasis está puesto en la lucha contra las pasiones y la mortificación de los apetitos que provocan, sería “particularmente representativo del pensamiento moral Tudor posterior”¹⁰⁰ y podría reflejar mejor la “‘emocionología’ general de la Inglaterra protestante –es decir, los ‘estándares emocionales colectivos’ de la época– que el tratado más permisivo de Wright”¹⁰¹. A este respecto, habría que decir que los isabelinos, como las personas de cualquier período histórico, formaban parte de una cosmovisión que, sin duda, integraba diversas perspectivas religiosas como las expuestas en estos tratados, y que influía en el modo en que las emociones eran descritas, representadas y experimentadas. Enumero a continuación, a modo de contrapunto, algunos ejemplos ilustrativos de similitudes y diferencias en el enfoque de ambos autores.

Al igual que Wright, Rogers no utiliza el término “emoción” (*emotion*) en ningún apartado de su tratado. Sus palabras favoritas para referirse a las emociones son: “afectos” (*affections*), que anota 28 veces en plural y 35 en singular, y “perturbaciones” (*perturbations*) que aparece en 25 y 35 ocasiones también según el número del sustantivo. Aunque se ha dicho que el enfoque filosófico de Rogers es bastante aristotélico, sorprende que en las más de doscientas páginas de su obra recurra al concepto de “pasión” solo en 4 oportunidades en singular y 5 en plural, en contraste con la altísima frecuencia del vocablo en el tratado de Wright.

En el prefacio de su *Anatomie*, Rogers declara que escribe para aquellos lectores cuya “principal, aunque no única preocupación, es conocerse a sí mismos”¹⁰², un ejercicio destinado a transformar el propio yo y que, como tal, da pistas del incipiente surgimiento del sujeto moderno. El Prefacio de Wright, en cambio, se inicia con una serie de reflexiones sobre las diferencias de temperamento entre españoles, italianos, ingleses y de otras nacionalidades, así como acerca de la diversa expresión de las pasiones de quienes habitan en territorios de clima frío o templado. Estas observaciones, según el clérigo, lo han llevado a plantearse si sería conveniente orientar a sus compatriotas para contrarrestar los vicios innatos y

[...] descubrir otras pasiones humanas, y cómo comportarnos cuando tales afectos nos poseen de modo extraordinario, lo cual es el principal punto de la prudencia, y el medio más adecuado para obtener una conversación religiosa,

¹⁰⁰ Sullivan, 2017, *op. cit.*, p. 30 (trad. autora); Cfr. Tilmouth, 2007.

¹⁰¹ *Ibid.*, p. 31 (trad. autora).

¹⁰² Rogers, 1576, “The Preface”, s/p. (trad. autora).

civil, y la caballerosa, que es virtuosa. A esto ayuda especialmente este discurso de los Afectos, aunque para una doctrina más completa, he tratado casi todas las cuestiones que conciernen a las Pasiones en general. [...] Me he esforzado primero (según creo) en darle forma y método, según los principios de las ciencias, esperando que algún otro se presente, ya sea para perfeccionar el mío, o para intentar uno mejor; mi deseo es el bien de mi Patria; el efecto, el comportamiento prudente de cada hombre; el último fin, la gloria de Dios; a lo cual deben tender todos nuestros trabajos, y todas nuestras acciones [...] ¹⁰³.

Rogers divide su tratado en dos partes; la primera trata de las “Perturbaciones en general” que define como “afecciones de la mente que no obedecen a la regla de la razón. O movimientos de la mente irracionales o contrarios a la naturaleza. O son deseos demasiado abundantes en el hombre” ¹⁰⁴. En esta extensa sección dedica 37 capítulos a diferentes pasiones como, por ejemplo, ambición, lujuria, rabia y tristeza. Prácticamente todo el listado se compone de pasiones que provendrían del mal y que poseen tintes negativos. De hecho, explica claramente al inicio que “el fin de nuestros afectos, los hace buenos, y por tanto dignos de elogio, o malos, y por tanto, despreciables” ¹⁰⁵. Según Hackett, esta “oposición binaria” ¹⁰⁶ termina en la discusión de pasiones específicas que podrían usarse para el bien o, de lo contrario, conducirnos al mal.

En el capítulo 14 de este libro aborda el amor, que define como “el afecto más grande y ardiente” ¹⁰⁷, pero, a diferencia de Wright, quien dedica prácticamente todo el quinto libro a describir distintos aspectos de esta pasión, le concede solo 15 páginas. En el segundo libro examina las “Virtudes morales”, llamadas así porque son “de esa parte de la mente que está dotada de razón” ¹⁰⁸. Dentro de estas menciona la templanza, la modestia, la docilidad, la fidelidad, la paciencia, la constancia y muchas otras hasta completar 47 capítulos.

Uno de los rasgos distintivos del tratado de Rogers es la noción de lucha contra las pasiones. Cuando afirma que “a menos que haya pasiones y perturbaciones en el hombre, no hay lugar para la virtud; así como no hay victoria, donde no hay adversario” ¹⁰⁹, en realidad revela la mentalidad que subyace a su idea de las emociones. Sullivan opina que aunque el autor “señala en otra parte que las

¹⁰³ Wright, 1604, *op. cit.*, “The Preface”, s/p. (trad. autora).

¹⁰⁴ Rogers, 1576, *op. cit.*, ch. 2, p. 3 (trad. autora).

¹⁰⁵ *Ibid.*, ch. 1, p. 3 (trad. autora).

¹⁰⁶ Hackett, 2022, *op. cit.*, p. 40 (trad. autora).

¹⁰⁷ Rogers, 1576, *op. cit.*, ch. 14, s/p. (trad. autora).

¹⁰⁸ *Ibid.*, “The Preface”, s/p. (trad. autora).

¹⁰⁹ *Ibid.*, ch. 1, s/p. (trad. autora).

pasiones pueden contener algún beneficio inherente, esta es una idea que recibe poca consideración en su tratado”¹¹⁰, por lo que su perspectiva es más negativa que la de Wright. Hackett coincide con la apreciación de Sullivan, pues considera que para Rogers “las perturbaciones y las virtudes eran tipos opuestos de pasiones, trabados en combate”¹¹¹; es decir, su tratado enfatiza la dimensión de lucha y de mortificación de los apetitos que provocan las pasiones por sobre el logro de la virtud. Aunque Wright también reconoce la necesidad de regular las pasiones, no se centra en la conquista, sino en “impulsar a las personas hacia el bien, si no a través de sus propias acciones, sí a través de la influencia de otros sobre ellas. [...] las pasiones no deben simplemente ser ‘mortificadas’ sino que más bien deben usarse”¹¹². Queda en evidencia que la aproximación a las emociones de Rogers se enmarca dentro de la visión protestante de la naturaleza humana y, en cierto sentido, su noción de estas es coherente con sus creencias reformadas. En efecto, Ryrie nota que no es de extrañar que, dada la herencia recibida de los estoicos y de Calvino, los isabelinos que adhirieron al anglicanismo hayan optado por un camino más represivo y riguroso para dominar las pasiones. Esto no significa que las despreciaran; más bien, “creían que las emociones (o ‘afectos’, ‘sentimientos’ o ‘pasiones’, para usar sus términos preferidos) podían ser guías en el camino hacia la piedad, apoyos cuando el camino se volvía difícil y testimonios invaluables de que el destino estaba al alcance. Los protestantes disciplinaron sus emociones porque sabían que eran importantes”¹¹³.

Pasiones isabelinas: cartografía de género

Intentar comprender las emociones en el extenso territorio del período isabelino es un proceso análogo al de los primeros cartógrafos que, para dirigir mejor la conquista de tierras ignotas, realizaron enormes esfuerzos por delimitar su ubicación y sus contornos geográficos. La literatura puede adquirir una función cartográfica, ya que mediante las palabras representa fenómenos reales e inmateriales que configuran y definen nociones, al tiempo que dan forma al discurso crítico sobre ellas. Al dar nombre a las cosas, las identificamos y las distinguimos de otras, aunque sea complejo resumir la esencia de una emoción y comprender cabalmente sus diversas manifestaciones.

¹¹⁰ Sullivan, 2017, *op. cit.*, p. 30 (trad. autora).

¹¹¹ Hackett, 2022, *op. cit.*, p. 58 (trad. autora).

¹¹² Sullivan, 2017, *op. cit.*, p. 31 (trad. autora). La autora se vale aquí del trabajo de Sloan, 1971, pp. xv-xxv; p. xxxii.

¹¹³ Ryrie, 2017, *op. cit.*, p. 17 (trad. autora).

En los dos tratados analizados, los autores asumen en su mayor parte que quien experimenta emociones es un sujeto masculino. Solo en contadas ocasiones ofrecen ejemplos del modo en que las mujeres se expresan emocionalmente y casi siempre es para contrastar su conducta con la de los hombres. La diferente aproximación a las pasiones femeninas se aprecia de manera más clara en los tratados de Bright y Burton acerca de la melancolía que en los que se avocan al conjunto de todas las emociones, aunque también en estos últimos los desórdenes de las pasiones se vinculaban a la contextura física más frágil de la mujer y, particularmente, al órgano reproductor femenino del útero. En efecto, el término “histeria” implicaba una condición fisiológica femenina, que se origina en la palabra griega *hysterá*: útero. En este sentido, se pensaba que la raíz de las pasiones en las mujeres era biológica y emocional comparada con la base intelectual de estas en el caso masculino¹¹⁴.

Wright relata el incidente de un predicador italiano que poseía el talento de saber mover las pasiones y que, aprovechándose de que gran parte de su audiencia estaba conformada por mujeres, lograba persuadirlas con bastante facilidad, ya que “sus pasiones eran más vehementes y mutables”¹¹⁵. Según el autor, esta variabilidad emocional se daría de modo más intenso en aquellas que poseen “una complexión más ardiente, y en mayor parte, en aquellas que son de tez negra o morena”¹¹⁶, probablemente por el predominio de la bilis negra en su organismo. Esta opinión de Wright refleja la creencia de que las emociones estaban asociadas a lo corpóreo o fisiológico y que, de algún modo, la manifestación visible de la emoción invisible se producía en diferentes partes del cuerpo. De hecho, el tratadista añade más adelante que es muy sencillo descubrir las pasiones femeninas, como en el caso de las prostitutas cuyos “movimientos ligeros y lascivos de sus ojos y gestos pueden ser percibidos rápidamente”¹¹⁷, pues se captan a menudo por reacciones físicas externas. En este pasaje y en otros, el jesuita asocia los desórdenes en las pasiones femeninas a la falta de virtud, incluso llega a afirmar que las mujeres hacen de la belleza un instrumento del vicio, “que por la razón correcta debe ser un ornamento de la virtud, y por lo tanto tal belleza no conviene a tales cuerpos, y convenientemente el espíritu santo compara el cuerpo hermoso de una mujer, vinculado con un alma mala, a un anillo de oro en el hocico de un cerdo, que siempre yace enraizado en la

¹¹⁴ Thompson y Taylor, 2006, p. 28 (trad. autora).

¹¹⁵ Wright, 1604, *op. cit.*, Bk. 1, ch. I, p. 3 (trad. autora).

¹¹⁶ *Ibid.*, Bk. 1, ch. X, p. 42 (trad. autora).

¹¹⁷ *Ibid.*, Bk. 1, ch. VII, p. 29 (trad. autora).

suciedad y la mugre”¹¹⁸. También el tratadista hace hincapié en que algunos de los vicios que generan las pasiones desordenadas aumentan con la edad y que en el caso de una mujer mayor o anciana, debido a que “concurren la debilidad del sexo y la flaqueza del cuerpo, son las más adictas a la avaricia”¹¹⁹.

Ahora bien, Wright reconoce algunos aspectos positivos de las emociones femeninas, como el hecho de que “las mujeres, por naturaleza, están más inclinadas a la misericordia y a la piedad que los hombres, porque la ternura de su complexión las mueve más a la compasión”¹²⁰. Además, declara que para todas las personas “el corazón es el asiento de nuestras pasiones, que los espíritus y humores concurren con ellas: aquí podemos deducir una conclusión muy cierta y provechosa, que según la disposición del corazón, humores y cuerpo, diversas clases de personas están sujetas a diversas clases de pasiones, y la misma pasión afecta a diversas personas de diversas maneras”¹²¹. Esta afirmación es muy relevante no solo porque manifiesta el origen, los grados y la subjetividad de las pasiones, sino debido a que muestra que el corazón, órgano que permite la circulación de la sangre que da vida al cuerpo, se entiende de una manera amplia en la Inglaterra de los siglos XVI y XVII. En efecto, al definirlo como “asiento de las emociones”, Wright lo entiende como el centro espiritual, emocional e intelectual de la vida humana. El corazón, entonces, sería también la sede del entendimiento y del pensamiento, connotación que se registra en el *Oxford English Dictionary* ya desde el año 825 como sinónimo de “mente” o “alma”, significados que incluyen tanto “las funciones del sentimiento, la volición y el intelecto”¹²² como “aquellas facultades de la mente, entendimiento o de naturaleza emocional, que tienen alguna analogía con estos órganos corporales [oídos, ojos, etc.]”¹²³ o “el asiento de los pensamientos más íntimos y de los sentimientos más secretos; el ser más íntimo; la Profundidad del alma; el alma, el espíritu”¹²⁴. Por cierto, esto explicaría el título principal de este importante tratado: *Passions of the Mind*, pues Wright alude al corazón, al alma y a la

¹¹⁸ *Ibid.*, Bk. 5.4, p. 198 (trad. autora).

¹¹⁹ *Ibid.*, Bk. 1, ch. X, p. 38 (trad. autora).

¹²⁰ *Ibid.*, Bk. 1, ch. VII, p. 40 (trad. autora).

¹²¹ *Ibid.*, Bk. 1, ch. X, p. 37 (trad. autora).

¹²² “Heart”, *OED*, 5.a., “In the widest sense, including the functions of feeling, volition, and intellect”.

¹²³ *Ibid.*, 5.b., “Spoken of as having ears, eyes, etc. meaning those faculties of the mind, understanding, or emotional nature, that have some analogy to these bodily organs [...]”.

¹²⁴ *Ibid.*, 6.a., “The seat of one’s inmost thoughts and secret feelings; one’s inmost being; the Depth of the soul; the soul, the spirit”.

mente como órganos –con sus respectivas facultades– que intervienen en el origen, desarrollo y moralidad de las emociones.

Rogers, por su parte, considera a las mujeres, al igual que a los niños, como seres más débiles que los hombres porque cuando sienten “cualquier Miedo, o Temblor, para ocultar sus caras, ya sea con un pañuelo, o cualquier otra cosa”¹²⁵ esconden sus lágrimas. Esta observación es clave al analizar las emociones de las mujeres isabelinas, pues se creía que, con relación a los humores, ellas tenían exceso de líquidos en su cuerpo, ya sea por la sangre de la menstruación, la leche del período de amamantamiento de los hijos o cierta misteriosa abundancia de lágrimas. El tema de los fluidos corporales y su purgación como remedio de ciertas pasiones está mucho más presente en los tratados sobre la melancolía que en los que abarcan más emociones. Bright, por ejemplo, se refiere a la hipersensibilidad de las mujeres que tendrían mayor tendencia a sonrojarse y serían más aptas para las lágrimas, y explica que estas proceden de su cuerpo más húmedo y que se tornan saladas por la temperatura más tibia de los ojos¹²⁶. Los hombres llorarían menos debido a la sequedad de su organismo; sus emociones radicarían en el cerebro, el hígado y el bazo, pero esa capacidad intelectual o racionalidad de sus emociones los llevaría a encerrarse más en sí mismos.

Cuando el teólogo protestante analiza diversas virtudes, tiende a juzgar a la mujer como aquella que cae en el vicio y es culpable de ello. Al referirse a la pereza, sostiene que “la ociosidad hace de los hombres, mujeres: de las mujeres, bestias: de las bestias, monstruos”¹²⁷, de modo que va bajando en la escala de los seres racionales y la mujer queda en una posición inferior a la del varón. Asimismo, al tocar el tema de la sobriedad, Rogers se remonta a los tiempos de Rómulo para recordar que probablemente en Roma estaba decretado que “si una mujer era sorprendida o vista ebria, debía, como consecuencia, perder la vida. Porque para él la embriaguez era el principio de la deshonestidad y de la fornicación, y por eso fijó un castigo tan cruel, que al evitar la ebriedad [femenina] no se pudiera ejercer la fornicación entre su pueblo”¹²⁸. En esta misma línea y en consonancia con el enfoque más normativo de este tratado, Rogers critica que las mujeres de su época parecen no valorar tanto la castidad como lo hacían en el pasado verdaderas heroínas que fueron capaces de morir por conservar esta virtud, como la hija de Pitágoras que nunca conoció varón, las vírgenes vestales

¹²⁵ Rogers, 1576, *op. cit.*, ch. 21, p. 33 (trad. autora).

¹²⁶ Bright, 1586, ver especialmente ch. XXIX, p. 170, y ch. XXIV, pp. 144, 147.

¹²⁷ *Ibid.*, ch. 17, p. 29 (trad. autora).

¹²⁸ *Ibid.*, ch. 26, n. p. (trad. autora).

o la esposa de Tigranes que ni siquiera miró al rey Ciro en la fiesta que él ofreció en su palacio. En definitiva, recalca que en tiempos remotos, vivir la castidad y mantener el buen nombre se consideraba un elogio y un honor¹²⁹.

En este tratado, las pasiones desordenadas de la mujer se asocian casi siempre al vicio y al pecado, mientras que en el de Wright se observa una relación más directa de estas con la contextura más débil del cuerpo femenino que condicionaría, en gran parte, la experiencia y expresión de las emociones de la mujer, aunque también estas adquieran una connotación moral. Se podría decir que tanto los hombres como las mujeres isabelinas sentían las mismas emociones y debían luchar por ordenarlas y encauzarlas, pero según las teorías de la época el origen de estas provenía de diferentes órganos del cuerpo, se expresaba de modos diferentes –con mayor o menor intensidad–, además de producir diversos efectos morales según el sexo.

Conclusión: palabras visibles de emociones invisibles

Durante la Modernidad temprana inglesa, específicamente en el período isabelino, nos encontramos con una plétora de términos para designar las emociones. Los autores de tratados acerca de las emociones en general como Thomas Wright y Thomas Rogers utilizan frecuentemente como sinónimos conceptos como “afectos”, “perturbaciones”, “mociones”, “sentimientos” y “pasiones” para describir los estados emocionales; sin embargo, la palabra “emoción” no aparece en los textos de estos tratadistas, como tampoco en otros escritos ingleses hasta alrededor de 1590¹³⁰. El término que más se repite en las fuentes estudiadas es el de “pasión”, pero no entendida como una versión patológica de la emoción, sino como aquello que se padece con fuerza, aunque esto no suprima o anule del todo la agencia por parte de quien la experimenta. Con todo, en las primeras décadas de la era isabelina, el sentido más común de “pasión” es el de sufrimiento, pues se relaciona en primer lugar con la Pasión de Cristo.

Aunque “pasión” y “afecto” suelen utilizarse como sinónimos en los tratados estudiados y durante la era isabelina en general, a menudo también se consideraba que la pasión, así como la “perturbación”, eran conceptos más cercanos a la irracionalidad y a la vehemencia, mientras que los afectos se entendían como emociones benévolas y, por lo tanto, moralmente beneficiosas para alcanzar

¹²⁹ *Ibid.*, ch. 22, n. p. (Trad autora).

¹³⁰ Aunque el primer tratado de Wright es de 1601, no hay rastro de la palabra “emoción” en su publicación.

el bien. El término “sentimiento” es mucho menos frecuente en los tratados isabelinos, y se puede considerar como una expresión más moderna de las emociones que llegó a ser utilizada cada vez con mayor frecuencia por los autores británicos y franceses del siglo XVIII.

La aproximación isabelina a las emociones es predominantemente fisiológica. La herencia de Hipócrates y Galeno, entre otros pensadores antiguos, se hace presente con fuerza en los tratados de Rogers y de Wright. La teoría de los humores que explica el origen y desarrollo de las emociones a partir de los fluidos corporales constituye el punto de partida de la casi totalidad de las propuestas publicadas durante el reinado de Isabel I Tudor. Sin embargo, los estudiosos de la época también infunden dimensiones filosóficas, religiosas y morales a las emociones que van más allá de lo meramente corpóreo al incluir ideas, principalmente, de Aristóteles, de San Agustín y de otros filósofos en sus publicaciones. Asimismo, la aproximación teórica a las emociones en el caso específico de Wright y de Rogers coincide en la base humoral común heredada de tradiciones antiguas, pero presenta matices diferentes dado el credo católico –de formación jesuita– y la fe reformada –con fuerte influencia calvinista– de los respectivos autores. Estas visiones opuestas en algunos aspectos nos permiten apreciar la complejidad del fenómeno emocional, al mismo tiempo que comprender mejor que las emociones humanas forman un entramado psicológico inserto en un contexto histórico específico y que la Reforma religiosa inglesa que se consolida durante el reinado de Isabel I constituyó un cierto “giro afectivo” o el germen de un cambio de paradigma respecto del modo de entender las emociones (las pasiones, en realidad) como movimientos del alma y del cuerpo que se deben combatir para alcanzar la virtud. Así también, la concepción de las emociones femeninas en ambos tratados es coherente con la noción de mujer que predomina en la sociedad isabelina de los siglos XVI e inicios del XVII, pues se le consideraba inferior al hombre tanto corpórea como intelectualmente y se pensaba que sus emociones eran más desordenadas e intensas.

Ahora bien, los planteamientos teóricos de los tratados médico-filosóficos acerca de las pasiones expresadas en palabras que remiten a la experiencia vital de las emociones constituyen solo una muestra de la discusión acerca del tema durante la era isabelina en las islas británicas, ya que también la literatura de la época, y específicamente el teatro, sirvió de plataforma para explorar las emociones y sus efectos. Al estudiar emociones de épocas pasadas, en realidad, analizamos los términos visibles que remiten o aluden a esas emociones invisibles y al contexto cultural en el que se enmarcan, así como las connotaciones que estas palabras tienen a lo largo del tiempo. Hasta cierto punto, las palabras conservan la memoria escrita de las emociones que las habitaron. Volverlas a leer o a escuchar nos permite recordar, revivir y comprender mejor los sentimientos de nuestros antepasados y los nuestros.

Bibliografía y fuentes

FUENTES

- ARISTOTLE, *Art of Rhetoric*, trans. Philip Levine, Rev. Gisela Stricker, Harvard, Loeb Classical Library 193, Cambridge, London, Harvard University Press, 2020.
- BRIGHT, TIMOTHY, *A Treatise of Melancholie*, Imprinted at London by Thomas Vautrollier, 1586, digital collection *Early English Books Online*, 2011, <http://name.umdl.umich.edu/A16845.0001.001>
- BURTON, ROBERT [Democritus Junior], *The Anatomy of Melancholy*, Oxford, Printed by Iohn Lichfield and Iames Short, for Henry Cripps, Anno Dom. 1621, digital collection *Early English Books Online*, 2011, <http://name.umdl.umich.edu/A17310.0001.001>
- DE HIPONA, AGUSTÍN, *City of God*, vol. IV, books 12-15, trans. Philip Levine, Harvard, Loeb Classical Library 414, Cambridge - London, Harvard University Press, [412-426¹³¹] 1966.
- ROGERS, THOMAS, *A Philosophicall Discourse, Entituled, The Anatomie of the Minde*, Nevvlie made and set forth by T. R., Imprinted at London By I[ohn] C[harlewood] for Andrew Maunsell, dvvelling in Paules Church yarde, at the signe of the Parret, 1576, digital collection *Early English Books Online*, 2011, <http://name.umdl.umich.edu/A10969.0001.001>
- VIVES, JUAN LUIS, *De Anima et Vita* (“El alma y la vida”), trad., introducción y notas, Ismael Roca, Valencia, Ayuntamiento de Valencia, [Basilea 1538] 1992.
- WRIGHT, THOMAS, *The passions of the minde in generall*, London, Printed by Valentine Simmes [and Adam Islip] for Walter Burre [and Thomas Thorpe] and are to be sold [by Walter Burre] in Paules Churchyard at the signe of the Crane, Anno 1604, digital collection *Early English Books Online*, 2011, <http://name.umdl.umich.edu/A15775.0001.001>

BIBLIOGRAFÍA

- BABB, LAWRENCE, *The Elizabethan Malady: A Study of Melancholia in English Literature from 1580 to 1642*, East Lansing, Michigan State College Press, 1951.
- BALDWIN LIND, PAULA, “‘Todo el mundo es un escenario’: estudio comparativo de los espacios teatrales en el barroco español y en la escena isabelina”, *Revista Chilena de Literatura*, n.º 102, Santiago, 2020, pp. 83-117.
- BODDICE, ROB, “The Affective Turn: Historicizing the Emotions”, en Cristian Tileagă y Jovan Byford (eds.), *Psychology and History: Interdisciplinary Explorations*, Cambridge, Cambridge University Press, 2014, pp. 147-65.
- BROTTON, JERRY, *The Renaissance: A Very Short Introduction*, Oxford, Oxford University Press, 2006.

¹³¹ Período de composición.

- BURKE, PETER, “Is There a Cultural History of the Emotions?”, en Penelope Gouk y Helen Hills (eds.), *Representing Emotions: New Connections in the Histories of Art, Music and Medicine*, Aldershot, Ashgate, 2005, pp. 35-48.
- CLARE, JANET, “‘The Great Patrician of the Speaking Art’: Cicero, from the Republic of Letters to the English Republic”, *Ciceroniana Online*, vol. 4, n.º 2, Turín, 2020, pp. 353-373.
- CLOUGH, PATRICIA TICINETO Y JEAN HALLEY (eds.), *The Affective Turn: Theorizing the Social*, Durham - London, Duke University Press, 2007.
- CRAIK, KATHARINE, *Shakespeare and Emotion*, Cambridge, Cambridge University Press, 2020.
- DIXON, THOMAS, “‘Emotion’: The History of a Keyword in Crisis”, *Emotion Review*, vol. 4, n.º 4, s/c, 2012, pp. 338-344.
- DIXON, THOMAS, *The History of Emotions. A Very Short Introduction*, Oxford, Oxford University Press, 2023.
- DUFFY, EAMON, *The Stripping of the Altars: Traditional Religion in England, 1400-1580*, New Haven y Londres, Yale University Press, 1992.
- FEBVRE, LUCIEN, “La sensibilité et l’histoire: Comment reconstituer la vie affective d’autrefois?”, *Annales d’histoire sociale (1939-1941)*, vol. 3, n.º 1/2, Cambridge, 1941, pp. 5-20.
- HACKETT, HELEN, *The Elizabethan Mind: Searching for the Self in an Age of Uncertainty*, New Haven y Londres, Yale University Press, 2022.
- JAMES, SUSAN, *Passion and Action: The Emotions in Seventeenth-Century Philosophy*, Oxford, Clarendon Press, 1997.
- LEMMINGS, DAVID Y ANN BROOKS, “The Emotional Turn in the Humanities and Social Sciences”, en David Lemmings y Ann Brooks (eds.), *Emotions and Social Change: Historical and Sociological Perspectives*, New York, Routledge, 2014, pp. 3-18.
- LYONS, BRIDGET GELLERT, *Voices of Melancholy: Studies in Literary Treatments of Melancholy in Renaissance England*, New York, Barnes & Noble, 1971.
- MEEK, RICHARD Y ERIN SULLIVAN, “Introduction”, en Richard Meek y Erin Sullivan (eds.), *The Renaissance of Emotion: Understanding Affect in Shakespeare and His Contemporaries*, Manchester, Manchester University Press, 2017, pp. 1-24.
- MONTAIGNE, MICHEL DE, *The essayes, or morall, politike and militarie discourses of Lo. Michaell de Montaigne*, trad. John Florio, London, Val. Sims for Edward Blount, 1603.
- MOSCOSO, JAVIER, *Pain: A Cultural History*, Basingstoke, Hants, Palgrave Macmillan, 2012.
- MULLANEY, STEVEN, *The Reformation of Emotions in the Age of Shakespeare*, Chicago y Londres, The University of Chicago Press, 2015.
- OXFORD ENGLISH DICTIONARY (OED), Second Edition on CD-ROM (v. 4.0), Oxford University Press, 2009.
- PASTER, GAIL KERN, *Humoring the Body: Emotions and the Shakespearean Stage*, Chicago y Londres, University of Chicago Press, 2004.

- PASTER, GAIL KERN; KATHERINE ROWE Y MARY FLOYD-WILSON, "Introduction: Reading the Early Modern Passions", en Gail Kern Paster, Katherine Rowe y Mary Floyd-Wilson (eds.), *Reading the Early Modern Passions: Essays in the Cultural History of Emotion*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 2004, pp. 1-20.
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, *Diccionario de la lengua española*, 23ª edición.
- ROSENWEIN, BARBARA H., *Generations of Feeling: A History of Emotions, 600-1700*, Cambridge, Cambridge University Press, 2016.
- RYRIE, ALEC, "Reformations", en Keith Wrightson (ed.), *A Social History of England, 1500-1750*, Cambridge, Cambridge University Press, 2017, pp. 107-128.
- RYRIE, ALEC, *Being Protestant in Reformation Britain*, Oxford, Oxford University Press, 2013.
- SCHMITTER, AMY M., "17th and 18th Century Theories of Emotions", en Edward N. Zalta (ed.), *The Stanford Encyclopedia of Philosophy*, (Summer 2021 Edition), Stanford, Stanford University, 2021.
- SCHMITTER, AMY M., "Passions and Affections", en Peter R. Anstey (ed.), *The Oxford Handbook of British Philosophy in the Seventeenth Century*, Oxford, Oxford University Press, 2013, pp. 442-471.
- SLOAN, THOMAS O., "Introduction", en Thomas Wright, *The Passions of the Minde in Generall: A Reprint Based on the 1604 Edition*, Urbana, University of Illinois Press, 1971, pp. xv-xxv.
- STAROBINSKI, JEAN, *La tinta de la melancolía*, epílogo de Fernando Vidal, trad. Alejandro Merlín, rev. Fausto José Trejo, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 2016.
- STONE, MARTIN W. F., "Aristotelianism and Scholasticism in Early Modern Philosophy", en Steven Nadler (ed.), *Blackwell Companions to Philosophy: A Companion to Early Modern Philosophy*, Oxford, Blackwell Publishers Ltd., 2002, pp. 7-24.
- SULLIVAN, ERIN, "The Passions of Thomas Wright: Renaissance Emotion across Body and Soul", en Richard Meek y Erin Sullivan (eds.), *The Renaissance of Emotion: Understanding Affect in Shakespeare and His Contemporaries*, Manchester, Manchester University Press, 2017, pp. 25-44.
- SULLIVAN, ERIN, *Beyond Melancholy: Sadness and Selfhood in Renaissance England* (Emotions in History), Oxford, Oxford University Press, 2016.
- THOMPSON, ANN Y NEIL TAYLOR, "Introduction", en Ann Thompson y Neil Taylor (eds.), *William Shakespeare. Hamlet*, The Arden Shakespeare, Third Series, Londres, Thomson, 2006, pp. 1-137.
- TILMOUTH, CHRISTOPHER, *Passion's Triumph over Reason. A History of the Moral Imagination from Spenser to Rochester*, Oxford, Oxford University Press, 2007.
- WRIGHTSON, KEITH, "Introduction: Framing Early Modern England", en Keith Wrightson (ed.), *A Social History of England, 1500-1750*, Cambridge, Cambridge University Press, 2017, pp. 1-16.